

Su traición para ayudar,
 Y hoy los tiene que arrojar
 De aquél suelo a culatazos;
 Mientras Puebla ve lucir
 Su brillante primavera,
 Y a la luz que reverbera
 En su cielo de zafir
 Mira las flores abrir,
 Y oye a la mansa corriente
 Darles música en la fuente
 A la orgía de colores
 Y a la bacanal de olores
 Que hay en su luz y su ambiente.

APOTECOSIS DEL TALENTO

Allegoría.

A mi hermano Miguel P. Almaraz

ALBUM
 DE LA
 ESCUELA.

Entre copos de oro y gran
 El sol
 En los
 Con lentitud
 El
 Empuja hacia el mar los árboles,
 Riza las blancas espumas
 En las márgenes del lago,
 Y agita con blando halago
 Del nivel como las plumas.

Los pajarillos caudales
 Gorgean en la cascada,
 Su corola perfumada
 Colmpan las raras flores,
 Frente penales
 Ruge de placer la gran
 La naturaleza entera

Leído en el Teatro de la Estrella en la distribución de
 premios el día 15 de Julio de 1885.

APOTEOSIS DEL TALENTO

Alegoría.

A mi hermano Miguel F. Martínez

Entre copos de oro y grana
 El sol asoma su frente
 En los términos de Oriente
 Con lentitud soberana,
 El aura de la mañana
 Empuja hacia el mar las brumas,
 Riza las blancas espumas
 En las márgenes del lago,
 Y agita con blando halago
 Del níveo cisne las plumas.

Los pajarillos cantores
 Gorgean en la enramada;
 Su corola perfumada
 Columpian las gayas flores;
 Entre peñascos traidores
 Ruge de placer la fiera;
 La naturaleza entera

Leída en el Teatro de la Reforma en la distribución de
 premios verificada la noche del 26 de Julio de 1885.

Alborozada se agita,
Y en sus entrañas palpita
De amor la ilusión primera.

Sobre un valle que le presta
Maciza y segura peña,
Se levanta una montaña;
Erguida, altiva y enhiesta,
En la dentellada cresta
Se destaca la silueta
De un templo, cuya veleta
Al cercano cielo insulta
Como armada catapulta
Que va a lanzar su saeta.

Hasta la cumbre rirueña
Se sube por dos caminos:
Uno erizado de espinos
Y abierto en la dura peña;
El otro sin una breña
Siguiendo curvas graciosas
Por entre nardos y rosas
Sobre una alfombra de arena,
En donde pueden sin pena
Posar su pié las hermosas.

Hay en la senda primera
Un anciano ya achacoso,
Mas su semblante rugoso
Tiene expresión placentera;
Una sonrisa ligera
Anima el rostro cetrino,
Y parece un campesino
A su labor dedicado
Constantemente ocupado
En componer el camino.

Junto a la florida calle,
Sobre una piel recostada,
Y dejando la mirada
Rodar por el hondo valle;
Ceñida al esbelto talle
Una túnica flotante,
Que deja ver lo incitante
De sus formas de sirena,
Está una mujer morena
De alto seno palpitante.

Vaga en sus rasgados ojos
Una llama amortiguada,
Y el fin de una carcajada
En sus gruesos labios rojos.
No se perciben sonrojos
En sus mejillas morenas,
Y deshojando azucenas,
Que ya marchitó su frente,
Las arroja en una fuente
De claras linfas serenas.

Tan puro como la aurora
Y tan risueño como ella,
Llega un niño hasta la bella
De aquel jardín moradora.
Y le pregunta: — Señora,
¡A dónde va éste camino?
— Yo no lo sé, peregrino,
No te puedo responder;
Se que se llama El placer,
Más su final no adivino.

— ¿Y esta montaña atrevida
Me diréis, hermosa dama,

Cómo se llama?

— Se llama

La montaña de La vida.
Si por esta ancha avenida
Subes, marcharás contento,
Y por ella ni un momento,
Te dejará la alegría.

— Y, es vuestro nombre? . . .

— La Orgía.

Y el tuyo, niño? . . .

— El Talento.

Como soy sencillo y puro,
Si no tomo un guía experto,
No podré llegar a un puerto
Que me dé abrigo seguro,
Si en el monte me aventuro . . .
Queréis ser vos el lucero
Que me alumbre?

— Yo no quiero

— Engañarte; no podría,
Y acaso te dejaría
En la mitad del sendero.

Entonces voy a buscar
Quién me quiera conducir,
Porque no es prudente ir
Sin más guía que el azar.
Me quisiera aquí quedar
Porque sois muy linda vos,
Mas voy de la gloria en pos.

— Estimo la cortesía.
— Adiós bellísima Orgía.
— Discreto Talento, adiós.

Buscó el niño otro sendero
Y se encontró con el viejo
Que le dijo: te aconsejo
Sigas este derrotero.

Si quieres un compañero
Te guiaré por el atajo:
Yo desde arriba hasta abajo
Conozco perfectamente
Su enmarañada pendiente.
— Cómo os llamáis?

— El trabajo.

— Y aquél Santuario?

— La Gloria.

— Y este camino?

— El Estudio:

En el se aprende el prelude
Del himno de la victoria.

— Se sigue?

— Con la memoria

— Quién lo ha construído?

— El Ejemplo,

Y satisfecho contemplo
Que se ensancha cada día.

— Dónde termina la vida?

— En los dinteles del templo.

— Y en su altar qué religión,
 Qué Dioses son verdaderos?
 — Idolos glorificados
 Sin motivo y sin razón.
 Del criterio con baldón,
 El hombre, desde su cuna,
 En un loco culto aduna
 Y los inciensa a porfía
 Al Valor y La Osadía,
 La Ambición y La Fortuna.

— Llevadme pues. Y su mano,
 Blanca y pura como armiño,
 Abandonó el tierno niño
 En la tosca del anciano.
 — Te prevengo de antemano
 Que el viaje es largo y penoso.
 — Yo no conozco el reposo,
 Marcharé constantemente,
 Y el niño trepó impaciente
 Por el camino escabroso.

Cuando a la cima llegaron,
 Junto a la grandiosa puerta
 Una sepultura abierta
 Muy profunda se encontraron,
 A su borde se pararon,
 Y el niño dijo afligido:
 — Qué fosa es esta?

— El Olvido.
 A su fondo se relegan
 Los caminantes que llegan
 Por el sendero florido;
 Más tú quisiste llegar,

La entrada en este Santuario,
 Por el penoso calvario
 Del estudio a conquistar.
 El mundo te va a aclamar
 Como Dios del Pensamiento;
 Calló del viejo el acento,
 Abrió las puertas La Historia,
 Y hasta el altar de la Gloria
 Condujo en triunfo al Talento.

COMPOSICION

Aún el polvo del camino
 Cubre mi tostada faz,
 Y aún en mi oído resuenan
 Los ecos que, sin cesar,
 La ilustración reproduce
 En nuestra gran capital.

Aún, cerrando los ojos,
 Me complazco en recordar
 Las calles embaldosadas
 De la gran Tenochtitlán,
 Y a la luz de las antorchas,
 Con mano firme y audáz
 Por Edison arrancadas
 Al rey de la tempestad,
 Una procesión brillante
 De hermosas miro pasar;
 Unas vestidas de seda,
 Otras de humilde percal;
 Unas cuajadas de joyas
 Que pulió la vanidad,
 Otras sin más atavío

Leída en el Instituto Hussey, la noche de su inauguración,
 el 16 de Noviembre de 1885.

Que su gracia natural;
 Pero todas revelando
 En su voz, en su ademán,
 En el corte de sus trajes
 Y hasta en el modo de andar,
 La instrucción y la cultura
 De la sociedad actual.

La educación, sin embargo,
 De las mujeres está
 Muy poco más que en pañales;
 Se las enseña a bordar,
 A tocar un poco el piano,
 A hablar inglés o alemán,
 A confeccionar sus trajes
 Y, como un loro, a rezar.

Con esto y con un barniz
 De trato superficial,
 Ya la señorita puede
 Presentarse en sociedad.

La sana filosofía,
 La verdadera moral,
 Proscritas de la enseñanza
 Y hasta olvidadas están.

Se educan damas y artistas;
 Pero mujeres jamás,
 Y continúan esclavas
 Como en los tiempos de Adán.

Una mujer se compraba
 En el tiempo patriarcal
 Por un puñado de trigo,
 Por un camello, y jamás

Fué otra cosa que una esclava
En el fondo del hogar.

En la época de Homero
Vislumbró la libertad;
Pero ignorante y sumisa
No la supo aprovechar,
Y reinó por la hermosura,
En Grecia y Roma, quizá
Hecha etáira y cortesana
Porque no sabía más
Que dominar a los hombres
Por el placer material,
Y teniendo libre el cuerpo
Vino su alma a esclavizar.

Convertida en prisionera
En la época feudal,
Encerrada en una torre
Lloraba su soledad;
Escuchando serenatas
Y mirando sin cesar
Desde su anhiesta ventana
En combate singular
Disputarse los amantes
Su codiciada beldad.

Esclava del fanatismo,
Aún en el tiempo actual,
Tras la reja de un convento
Se la ha llegado a encerrar,
Esclavizando su cuerpo,
Su alma y su dignidad.

Y con la instrucción moderna
Que a la mujer se da,
Son esclavas de la moda,
De la exigencia social,
Y su sentimiento yace
En completa oscuridad.

La mujer vive tan solo
Y ha nacido para amar;
Su alma es toda cariño,
Toda ternura, y su afán
Es querer y ser querida,
Amar mucho y amar más.

Empieza a los tres abriles
Su tierno afecto a ensayar
En sus muñecas, que cuida
Con un amor maternal;
Ama después a sus padres,
Y cuando marcha al altar
Con pasión ama a su esposo
Y a sus hijos mucho más.

“El fin de la educación
“Es el de desarrollar
“En cada individuo toda
“Perfección de que es capaz”,
Ha dicho, no sé en que obra,
El gran filósofo Kant,
Y en la mujer el amor
Es lo que se ha de educar.

Profesoras de ésta escuela,
Que desde hoy os consagráis
Con abnegación cumplida
Y loable caridad

Al sublime sacerdocio
 De instruir y de educar,
 Yo os admiro y os venero;
 Mas ya que aquí me llamáis
 Para escuchar de mi boca
 Mis pensamientos brotar,
 Perdonadme la rudeza
 De su forma y escuchad:
 Enseñad en buena hora
 A las niñas a rezar,
 A hacer bordados y flores,
 A cortar bien un gabán;
 Enseñadles matemáticas,
 Física Experimental,
 Enseñadles cuantas artes
 Y cuántas ciencias queráis;
 Pero enseñadles primero
 La verdadera moral,
 Dirigid bien su cariño,
 Haced que sepan amar,
 Educad madres y esposas,
 Y entonces os deberán
 Las mujeres su ventura,
 Su gloria y su libertad.

A LOS PROFESORES

DE

INSTRUCCION PRIMARIA

Cuando el profeta Nazareno un día,
 Recorriendo las tierras de Judea,
 El benéfico germen de su idea
 Iba sembrando en la nación judía
 Le presentó una pobre nazarena
 Algunos niños en edad temprana;
 Rubios, como la luz de la mañana,
 Blancos, como la flor de la azucena.

A la sazón el Cristo predicaba,
 Y sus buenos discípulos riñeron I
 A la mujer aquella, porque vieron
 Que la elocuente prédica estorbaba.

Pero Jesús les dijo: "vuestros celos
 No impidan a los niños que se acerquen:
 Dejadles que se lleguen y me cerquen
 Pues de ellos es el reino de los cielos". 2

Leída por el niño Luis Felipe Díaz en una distribución de premios.

“Y a cualquiera que a estos pequeñitos
Un jarro de agua fría solamente
Diere en mi nombre, el Padre omnipotente
Le colmará de dones infinitos”. 3

Vosotros, sufridísimos maestros,
Nos abris del saber las claras fuentes,
Y derramáis sus aguas a torrentes
En los humildes pensamientos nuestros.

Sin blasonar de doctos ni de sabios,
Nuestra vida social vaís preparando,
En nuestras almas el saber filtrando
Y enseñando a moverse nuestros labios.

De la moral las leyes sacrosantas
Mostráis al corazón que las ignora,
Virtiéndolo en él el bien, como la aurora
Vierte el rocío en las sedientes plantas;

Y de la gratitud los nobles giros
Siguiendo, por su luz pura guiados,
Los pechos que enseñáis a ser honrados
Aprenderán también a bendeciros.

Yo, en nombre de mis tiernos compañeros,
Vengo a ofreceros frases de cariño;
Ya que el sencillo corazón del niño
Otra cosa no tiene que ofreceros.

Mas otro galardón vuestros desvelos
Pronto hallarán, y vuestro afán prolijo
En paz se tornará. Cristo lo dijo:
¡Vuestro ha de ser el reino de los cielos!

1 Mateo — XIX — 13.

2 Mateo — XIX — 14

3 Mateo — X — 42.

UN SUEÑO

Niñez y juventud, que habéis venido
De un año de trabajos y molestia,
A recoger el premio merecido
Con el casto rubor de la modestia;
Para daros un rato entretenido
Voy a hacer el relato portentoso
De un peregrino sueño misterioso
Que hace unos cuantos días he tenido.

Eran las doce de la noche: un rayo
De la pálida luna ya en menguante,
Que temerosa el eter atraviesa,
Iluminaba un cielo de turquesa
Tachonado con clavos de diamante.

Mi espíritu cansado había caído
En ese claro oscuro tan risueño,
Ese extraño crepúsculo del sueño
En que se sueña sin estar dormido.
Y ví que los aromas de las flores
De una planta que escala mi ventana
Se condensaban como los vapores
Y que tomaban una forma humana,

Leída en la distribución de premios el 25 de Julio de 1886.